

## UNA CANCIÓN DE LA JUVENTUD

Con más fuerza que nunca, la juventud actual levanta su voz para proclamar sus sueños y esperanzas, pero también hace oír, en forma estridente, sus protestas y reclamos desesperados. Y es lógico que así sea. La nueva generación no puede permanecer impasible frente a los problemas angustiosos que actualmente soporta la humanidad. Se siente comprometida y desafiada. Pero las crisis y dificultades de nuestro mundo son tan vastas y profundas que, con frecuencia, la generación joven se encuentra tremendamente confundida. Arrebatados por las corrientes que soplan en la actualidad y que destruyen muchas cosas que han sido básicas e indispensables, miles de jóvenes se sienten desconcertados y no saben qué camino tomar.

Como en forma sabia y autorizada comentara el doctor Braulio Pérez Marcio, aunque una parte de la juventud ha caído en toda clase de excesos, extremismos y desvíos, la otra parte, que es afortunadamente la mayoría, en medio de su confusión busca el verdadero camino para su vida y para la sociedad. Y no es fácil encontrarlo. Hemos llegado a un momento tal de desconcierto, que no son pocos los que titubean entre corrientes opuestas. Sin embargo, aunque el futuro se muestra nebuloso, muchos, muchísimos jóvenes quieren sinceramente saber cuál es la ruta que deben seguir.

Hay quienes se atreven a creer que el único camino es lanzarse al futuro siguiendo una conducta totalmente nueva. ¿Sería lo más sensato romper definitivamente con el pasado? ¿Es que rechazando el pasado, por los muchos errores que en él se cometieron, nos queda alguna base para edificar el presente y, sobre todo, para edificar el futuro?

Joven que me escuchas, el pasado es lo único que nos permite entender el presente y mirar hacia el futuro con alguna esperanza. No podemos desentendernos de la historia. Todo lo que existe es el resultado del trabajo intenso de muchas generaciones a través de muchos siglos. Es verdad que se cometieron errores cuyas consecuencias se sufren hasta en la hora presente. También se cometen errores hoy. Se cometerán mañana y seguirán cometándose mientras el hombre sea lo que es y como es. Pero, ¿justificaría esto que negáramos nuestra colaboración al hogar, a la sociedad, a las instituciones educativas, a la ciudad, al país y al mundo del presente y del futuro? Los errores del pasado tienen que ser corregidos en todo lo posible. Pero, ¿cómo hacerlo?

**¿Rompiendo violentamente con ese pasado?**

Y, ¿dónde está el juicio y el sentido común de muchos en la actualidad, que rehúsan su esfuerzo y su contribución para la lucha sana y constructiva de lo que está torcido, y se aíslan en un mundo de irresponsabilidad y de inacción?

Cuando Jesús de Nazaret vino a esta tierra no halló, por cierto, una sociedad ideal. Por el contrario, todo estaba carcomido, todo estaba asentado sobre falsas premisas. Se habían abandonado los principios del Creador para caer en un paganismo desintegrante, que hacía que todo se bamboleara peligrosamente. ¿Qué hizo, entonces? ¿Predicó la violencia, la destrucción y la ruptura con todo lo anterior? No, el Maestro fue a lo fundamental, porque sabía que el mal no estaba en la sociedad sino en el individuo que la componía. Lo que había que curar era al hombre, cargado de vicios, de maldad y de pecado. Sano el hombre, la sociedad automáticamente lo estaría también. Y no se cruzó de brazos, ni enseñó a sus discípulos a abstenerse del esfuerzo común cuando se trataba del bien. Comenzó su prédica de moral sana. Lanzó su llamado a volver a Dios, a reparar las brechas que se habían abierto en el cumplimiento de sus leyes. Instó al hombre a conocerse de verdad a sí mismo y a reconocer que no era como él creía ser, que no era todopoderoso, que no era definitivamente sabio, y que su capacidad era absolutamente limitada. Por eso, a los muchos desconformes con la situación que imperaba en aquel entonces, a los que se quejaban, a los que predicaban la violencia, a los que sostenían que había que romper con la historia, les dijo: "Más buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas" (S. Mateo 6:33).

Esta es la gran verdad que nuestra juventud debe aprender en la hora actual. Para los males del mundo no hay más solución que la de Dios. Lo demás, o son paños tibios que nada curan, o son métodos que con pretensión de medicina sólo conducen al caos y a la destrucción.

Nosotros tenemos la alternativa de ser colaboradores de Dios o, por el contrario, podemos tratar de imponer nuestro propio método, y hasta podemos hacerlo con sinceridad y con la mejor intención, pero nos pasará como a Moisés, el Moisés grande, el Moisés notable de los días del Exodo. Muy joven aún, se sintió sacudido por el ideal de cambiar las condiciones que imperaban en el mundo en que vivía. Y forjó su plan, su propio plan. Se dedicó a asegurarse la obtención del poder máximo en Egipto. Cuando lo lograra, él iba a cambiarlo todo. Muchos de los que en aquel entonces cometían toda clase de abusos y atropellos, pagarían hasta el último crimen cometido. Moisés era sincero y también bien intencionado. Pero cometió la equivocación que cometen muchos jóvenes en la actualidad. En los planes que forjan no entra Dios. Descartan al Todopoderoso porque saben que éste no aprobaría sus

medidas de violencia y asolamiento. Y Moisés conoció el fracaso. Llevado por sus impulsos juveniles, cayó hasta en el crimen. Se salvó huyendo de Egipto para no ir a parar a la cárcel. Y se fue al desierto y a la soledad. Y cuando la soledad y el desierto hubieron lavado su corazón y su espíritu de toda vanidad y de toda pretensión humana, por fin se halló listo para escuchar a Dios y seguir sus planes. Entonces fue cuando mereció ser llamado el hombre más manso y más grande de la tierra (Números 12:3).

Joven, abre tus ojos y mira bien el camino que vas a tomar, o tal vez analiza el que ya tomaste. Pero si quieres hacer una obra valiosa de tu vida, si quieres ayudar a eliminar muchos de los males que sufre nuestro mundo, ten en cuenta que lo primero que necesitarás es conocer los planes de tu Creador y seguirlos, como finalmente hicieron Moisés y Pablo. Debes estar siempre dispuesto a cumplir la voluntad divina porque es la más sabia, aunque a veces no lo parezca mirada desde nuestro punto de vista.

Ya mencionamos que Moisés tenía su propia manera de entender las cosas, sus razones, sus argumentos, y que actuaba con sinceridad. Pero tuvo que reconocer que todo lo suyo era humano y sujeto a la falibilidad. Sólo triunfan los planes de Dios.

Unámonos al Señor, amémoslo de verdad, sintamos profunda simpatía por nuestros prójimos, y con la ayuda divina lancémonos a la buena obra de elevarnos y de elevar a otros.

Nuestra actitud debe ser la que se expresa en un conocido texto bíblico, que contiene un consejo y un principio tan extraordinario y tan básico, que no podemos menos que citarlo. Dijo San Pablo: "Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad" (Filipenses 4:8).

Por eso decía el mismo apóstol: "Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra" (Colosenses 3:2). Las cosas de la tierra son humanas, no son superiores al hombre. Las de arriba son de Dios y elevan, ennoblecen, dignifican, dan poder y ponen --usando las palabras del salmista--, "una canción nueva" en el corazón (Salmos 40:3).

Esa canción "nueva" es la de la fe, la de la confianza en Dios. No es la canción pesimista y descarada del materialismo, aunque éste se disfrace de ciencia. Es la canción de Dios llenándolo todo. Pero no de un Dios amenazante y terrible, ni de un Dios desmayado e indiferente al sufrimiento humano. Es la canción del Creador que ama a la raza caída hasta dar a su propio Hijo para redimirla. Es una canción nueva,

conmovedora, que nos llevará a pasar por sobre las asperezas de la vida con una sonrisa en el rostro y en el corazón. Es una canción llena de alegría profunda de vivir; de vivir bien para honra y gloria de Dios y para el ennoblecimiento de nuestra propia dignidad. Es una canción de la cual podrían ser una estrofa brillante y conmovedora, las siguientes palabras del apóstol San Pablo, que dicen: "Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó" (Romanos 8:37). Y cuando esa canción vibre dentro de nosotros, nuestra obra paciente y perseverante será un factor de bien para todos aquellos que nos rodean.

Joven, si estás desconforme con tu situación actual, o con la situación de la sociedad, y deseas ser un factor constructivo, pon tu confianza en Dios, porque sin él nada somos. Pensar lo contrario es vanidad y presunción. El Señor te dice con las palabras del sabio Salomón: "Dame, hijo mío, tu corazón, y miren tus ojos por mis caminos" (Proverbios 13:26). Sé sabio, amigo mío, y responde al Señor con sabiduría, dándole tu corazón.